

NEW LEFT REVIEW 152

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2025

ENTREVISTA

ROSS DOUTHAT La situación de Estados Unidos 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK Alemania gira a la derecha 39

WANG XIAOMING Sobre la civilización y sus barbaries 55

LOIA SEATON ¿Podemos confiar en el arte? 73

DAVID HARVEY Tras las huellas de Sraffa 99

LOÏC WACQUANT Castigar para dominar 119

CRÍTICA

ED McNALLY Instrumentos del imperio 153

JIWEI XIAO Artistas obreros chinos 166

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



DAVID HARVEY

TRAS LAS HUELLAS DE SRAFFA

DURANTE MI PRIMER trimestre de verano en Cambridge en 1955, «The Backs», una vasta extensión de prado al otro lado del río Cam, fueron convertidas en pistas de tenis. Pasé muchas horas jugando allí con mis compañeros. En la anodina localidad de Gillingham, en Kent, donde crecí, había multitud de pequeños clubes de tenis, lo cual era extraño, ya que no era una zona ni próspera ni culturalmente distinguida. Gillingham era un lugar aburrido de clase media-baja. Mis padres se habían conocido en un club de tenis local en algún momento de la década de 1920. Al final de nuestra calle, un jardín se había convertido en una pista de césped muy bien cuidada, y uno de mis primeros recuerdos es estar sentado allí, sobre una manta, viendo a mis padres jugar al tenis con llamativos trajes de franela blanca. Debía de tener cuatro años, justo antes de que estallara la guerra.

Mientras jugábamos en The Backs, nos observaba a menudo una figura lánguida, oscura y esbelta, normalmente vestida con un largo abrigo negro y una especie de gorro de campesino, que incluso en verano llevaba una bufanda alrededor del cuello. Tenía unos ojos penetrantes y resultaba bastante inquietante tenerlo detrás cuando sacabas. Cometí muchas dobles faltas debido a esa intensa mirada clavada en mi espalda. Peor aún, cuando llegó el invierno y pasé a jugar al *squash*, él seguía allí, en la galería, mirándonos de forma desconcertante. La presencia de este individuo provocaba muchos comentarios entre mis compañeros. ¿Quién era esa misteriosa figura?

En nuestro tercer año, uno de nosotros resolvió el enigma. El hombre de negro era un economista italiano llamado Piero Sraffa, que tenía una beca de investigación en el Trinity College. Había escrito un importante

artículo en 1926, gracias al cual Keynes lo había invitado a Cambridge para ocupar el puesto de bibliotecario en el King's College¹. Por lo que se sabía, no había escrito nada significativo desde entonces. Se decía que odiaba la docencia, lo que probablemente era la razón por la que seguía siendo investigador. No tenía ningún puesto en el Departamento de Economía de la universidad, pero como miembro del Trinity College, lo cual significaba disfrutar de derecho al alojamiento y la manutención gratuitos y acceso a la bodega del colegio, podía vivir austeramente, pero bien. La generación de estudiantes de posguerra a la que yo pertenecía contemplaba con desprecio la tolerancia caballeresca hacia la excentricidad, que permitía a una institución educativa supuestamente puntera mantener en nómina a parásitos tan improductivos. En nombre de la meritocracia, la modernidad y la innovación, estábamos todos a favor de acabar con los arraigados privilegios de clase, que definían la universidad y la sociedad inglesa en su conjunto.

Unos años más tarde, volví a Cambridge para asistir a un evento. Entrando en una de las muchas y magníficas librerías que aún existían en aquella época, me topé con un libro titulado *Production of Commodities by Means of Commodities*, de un tal Piero Sraffa². Era un volumen extremadamente delgado y calculé que la productividad de Sraffa debía de haber sido de tres páginas al año desde 1926. El libro estaba repleto de ecuaciones matemáticas de considerable complejidad, que nunca sería capaz de entender. Más tarde, impulsivamente, compré un ejemplar que aún conservo en mi estantería.



A principios de la década de 1960 decidí aprender economía por mi cuenta. Durante los meses de verano, solía recorrer Europa en mi Mini, normalmente *en route* a Suecia, con un ejemplar del volumen *Economics* de Samuelson en el maletero. Un verano, entré en Berlín Oriental por el Checkpoint Charlie, justo después de que se levantara el Muro. Al salir, los guardias me confiscaron el libro de Samuelson. (Desde entonces he imaginado fantasiosamente que los efectos corrosivos de su circulación por

¹ Piero Sraffa, «The Laws of Returns under Competitive Conditions», *The Economic Journal*, vol. 36, núm. 144, diciembre de 1926; ed. cast.: «Las leyes de los rendimientos en régimen de competencia», en G. J. Stigler y K. E. Boulding (eds.), *Ensayos sobre la teoría de los precios*, Madrid, 1963.

² Piero Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge, 1960; ed. cast.: *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, 1982.

la RDA contribuyeron al fin de la Guerra Fría). Privado de mi Samuelson, decidí leer algo de Keynes y me sorprendió descubrir en la *General Theory of Employment, Interest and Money* el elogioso reconocimiento de la contribución de Sraffa. También supe que Sraffa estaba entonces editando las *Obras y correspondencia de David Ricardo*, lo cual sin duda no era tarea fácil. Sraffa no era tan improductivo como yo había supuesto. Mi perplejidad se acentuó cuando descubrí que la teoría de los juegos del lenguaje de Wittgenstein era el resultado de una conversación con Sraffa en el tren de Cambridge a Londres. Al parecer, Sraffa había insistido en que los gestos con las manos eran una forma de comunicación lingüística tan válida como la palabra hablada o escrita. Dicho con las palabras de Wittgenstein recogidas en el prefacio de sus *Philosophical Investigations*:

Las críticas que mis ideas recibieron por parte de Frank Ramsey, con quien las discutí en innumerables conversaciones durante los últimos años de su vida, me ayudaron a darme cuenta de estos errores, en un grado que yo mismo apenas puedo estimar. Más aún que a estas críticas, siempre certeras y contundentes, estoy en deuda con las que un profesor de esta universidad, el señor P. Sraffa, ejerció sin cesar durante muchos años sobre mis ideas. A *este* estímulo le debo las ideas más trascendentales del libro³.

Dado que dos gigantes intelectuales de mediados del siglo XX expresaban tal aprecio por Piero, mi opinión sobre él –y sobre Cambridge– tuvo que ser revisada.

Entonces supe que se había desatado una controversia en el ámbito de la economía, que enfrentaba a los economistas del MIT agrupados en torno a Samuelson con la escuela de Cambridge, liderada por Joan Robinson, quien proponía interpretaciones basadas en las complicadas matemáticas que había concebido Sraffa. Recordaba a Robinson como una presencia sorprendente de mis años de estudiante. Era partidaria de la Revolución china y solía llevar una casaca y una gorra de corte maoísta, cuando paseaba por la ciudad. Había asistido a varias de sus conferencias, que evidenciaban su obsesión por las cuestiones demográficas leídas en clave maltusiana y la vía china al socialismo. Se decía que Samuelson se sentía intimidado por Robinson y yo podía entender por qué. Era una persona impresionante, tanto intelectual como personalmente. Mis opiniones sobre China estaban profundamente influenciadas por su postura hacia la República Popular en un periodo

³ Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, Oxford, 1952, p. viii; ed. cast.: *Investigaciones filosóficas*, Madrid, 2011.

dominado por el macartismo y el extraño debate estadounidense sobre quién había «perdido» China (extraño, porque implicaba imaginar un mundo en el que China no pertenecía a los chinos).

En 1969, me encontraba en la Universidad Johns Hopkins, donde Owen Lattimore, una de las tres personas a las que McCarthy había culpado de la «pérdida» de China, había impartido clases durante mucho tiempo. Lattimore, un formidable estudioso del Asia Central, se había trasladado a Leeds unos años antes, pero en el campus seguía habiendo mucha controversia sobre si era un traidor. Finalmente, logré localizarle para entrevistarle en Cambridge, donde esperaba con ilusión un viaje a Ulán Bator para recibir una medalla de la Academia de Ciencias de Mongolia. La lectura de las transcripciones de las audiencias del Comité Senatorial McCarran, en las que Lattimore fue interrogado sin piedad durante ocho días sin acceso a un abogado, me confirmó que no existe ningún argumento académico serio que no tenga una fuerte dimensión política. Tampoco existe protección alguna contra la política del miedo, que periódicamente se abre paso de forma insidiosa en el mundo aparentemente recluso de la universidad. Un profesor de Geografía de la Universidad Johns Hopkins fue quien pasó el nombre de Lattimore a McCarthy.



La controversia sobre la teoría del capital a la que Sraffa contribuyó tan poderosamente era de este tipo. Sraffa es difícil de seguir y las matemáticas de *Production of Commodities by Means of Commodities* están muy por encima del alcance de la mayoría de la gente, incluyéndome a mí mismo. Pero la controversia es vital para comprender cómo funciona el capital y cómo se construye la teoría económica. Adquirí cierta competencia al respecto en la década de 1980, cuando enseñaba Marx en la John Hopkins University y escribía *The Limits of Capital*. Me di cuenta de que alguien del Departamento de Economía estaba enseñando *Marx's Economics: A dual Theory of Value and Growth*, de Michio Morishima⁴. Tras investigar el asunto, localicé a Peter Newman, quien se desvivió por asegurarme, con cierto temor, creo, que no tenía ningún interés en Marx, pero que las matemáticas de Morishima eran extraordinarias. Me parecieron incomprensibles, pero las conclusiones de Morishima

⁴ Michio Morishima, *Marx's Economics: A dual Theory of Value and Growth*, Cambridge, 1973; ed. cast.: *La teoría económica de Marx: una teoría dual del valor y el crecimiento*, Madrid, 1977.

me interesaron mucho, porque yo ya había concluido que Marx no era un teórico del equilibrio. Morishima evitó lo que yo llamo la trampa de «todo tiende al equilibrio», que impregnaba la historia de la economía. Demostró que la economía política de Marx produce desequilibrio, con desviaciones recurrentes de una trayectoria de crecimiento en equilibrio o con oscilaciones cada vez mayores en torno a ella, dependiendo del grado de intensidad del capital en la economía.

No entendía el razonamiento matemático con el que Morishima había llegado a esas conclusiones, pero confiaba en la opinión de Newman al respecto. Si Morishima estaba en lo cierto, era de suponer que las políticas públicas tendrían que intervenir para lograr la estabilidad económica. Cuando le mencioné a Newman el nombre de Sraffa, me encontré con un acceso de ira justificada. Resultó que había dedicado varios años a intentar verificar las pruebas matemáticas de Sraffa, que en un principio le habían parecido descabelladas, solo para descubrir que eran impecables, porque, en opinión de Newman, Sraffa, al igual que Wittgenstein, estaba en deuda con el genio matemático de Frank Ramsey, que había fallecido a los 26 años en 1930. El círculo de estudio del Trinity College, del que formaban parte Sraffa, Ramsey y Wittgenstein, fue crucial. Newman, frustrado, publicó su prueba de la corrección de la primera parte de *Production of Commodities by Means of Commodities* en una revista especializada suiza y lo dejó ahí⁵. Resultó que yo ya había sido profundamente influido por el círculo intelectual del Trinity College, ya que me había basado en gran medida en Richard Braithwaite, un miembro marginal del mismo, para comprender la historia y la filosofía de la ciencia al escribir *Explanation in Geography*, mi primer libro⁶.



Al repasar las controversias sobre el capital disputadas en Cambridge, es difícil separar las contribuciones de Sraffa de las de Robinson. Sraffa parece haber evitado la controversia como si fuera una plaga, pero Robinson la abrazó con fervor. Robinson no tenía inclinación por las matemáticas y prefería, según ella misma decía, usar su cerebro y su inteligencia. Eso significaba que me resultaba más fácil seguir sus

⁵ Peter Newman, «Production of Commodities by Means of Commodities», *Swiss Journal of Economics and Statistics*, vol. 98, núm. 1, marzo de 1962.

⁶ David Harvey, *Explanation in Geography*, Londres, 1969; ed. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, 1983.

argumentos. No era hostil hacia Marx y publicó varios artículos en revistas como esta, pero se quejaba de su uso de Hegel: «¿Qué sentido tiene que Hegel meta las narices entre yo y Ricardo?»⁷. Fundamental en su lectura de Sraffa era el énfasis en la tasa de explotación de la fuerza de trabajo como motor de la acumulación de capital, pero Robinson también destacaba el papel del mercado mundial y escribió una introducción a una edición de *La acumulación del capital*, de Rosa Luxemburgo, libro que calificó como «una de las obras maestras de la literatura socialista». En la década de 1980, este era uno de mis textos de referencia. Pero aquí debo hacer una pausa para reconocer mi propio interés inmediato por las cuestiones planteadas por Sraffa.

Tras publicar *Social Justice and the City*, decidí intentar integrar la economía política de Marx en mis estudios sobre la urbanización y el desarrollo geográfico desigual a diversas escalas, desde el barrio hasta el mundo entero⁸. Esto implicaba lidiar con las teorías de Marx sobre la renta del suelo, el capital mercantil, las inversiones públicas, el crédito bancario y las finanzas, al tiempo que me enfrentaba a la problemática de los tiempos de rotación diferenciales y la producción de tiempo y espacio, tanto en el consumo como en la producción. Las cuestiones de la circulación del capital fijo y la formación del fondo de consumo –por ejemplo, la vivienda y el entorno construido, que constituían la segunda parte del libro de Sraffa– ocupaban un lugar destacado en mi pensamiento. También necesitaba trabajar con más detenimiento la circulación y la reproducción de la capacidad de trabajo. Estas cuestiones se exploraron teóricamente en *The Limits of Capital* e histórica y geográficamente en *París, Capital of Modernity*⁹. Si quería comprender el papel del capital en la reconstrucción de París durante el Segundo Imperio, o en la Nueva York contemporánea, tenía que comprender qué era el capital y las diferentes formas que podía adoptar en el entorno construido. Si quería seguir el camino de Marx, necesitaba saber en qué se diferenciaba su definición de capital de la de los economistas burgueses.

⁷ Joan Robinson, «Open letter from a Keynesian to a Marxist», *Collected Economic Papers*, vol. IV, Oxford, 1973, p. 115.

⁸ David Harvey, *Social Justice and the City*, Athens (GA), 1973.

⁹ David Harvey, *The Limits of Capital*, Oxford, 1982; ed. cast.: *Los límites del capital*, Madrid, 2024; *París, Capital of Modernity*, Nueva York, 2006; ed. cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, 2008.

Robinson señaló que la «función de producción» neoclásica, en la que Q , la producción, es una función del trabajo y el capital, carece de una comprensión satisfactoria de las unidades en las que se puede medir el capital. Cuando el capital se presenta en forma monetaria, no hay ningún problema; pero el capital también consiste en un conjunto heterogéneo de valores de uso, como maquinaria, instalaciones y equipos, cuyo valor no puede establecerse sin invocar su impacto en el valor de Q . En otras palabras, se basa en una tautología. Pero, como señaló Robinson, antes de que el economista se ponga a cuestionar esto, «se ha convertido en profesor, y así los hábitos de pensamiento descuidados se transmiten de una generación a otra»¹⁰. El efecto neto es que los modelos económicos neoclásicos son circulares. Y Sraffa lo había demostrado.

Este es un hallazgo realmente devastador. Pero la respuesta de los economistas burgueses a lo largo de los años ha sido ignorar el problema o tratarlo como una «tormenta en un vaso de agua». Como observó Marx, cada vez que se produce una crisis, los economistas burgueses se limitan a quejarse de que ello solo puede deberse a que la economía no funciona según sus libros de texto. De hecho, unos pocos economistas marxistas, encabezados por Ian Steedman en *Marx after Sraffa*, fueron los únicos que se tomaron en serio a Sraffa por haber socavado uno de los conceptos clave de Marx, la teoría del valor-trabajo¹¹. Mi opinión era que Steedman tiene razón, si la teoría del valor de Marx es idéntica a la de Ricardo, que constituye el objeto de la crítica de Sraffa. Esta es la posición de Steedman. Pero Marx hace algo diferente, cuando insiste en que el «tiempo de trabajo socialmente necesario» que constituye el valor presupone una demanda efectiva suficiente. Si la mercancía no puede venderse, entonces no hay valor (no es socialmente necesaria), por mucho trabajo que se emplee en su producción. En el esquema de Marx, el consumo puede, en ocasiones, impulsar la producción. Desde esta perspectiva, la gran división entre el consumismo maximizador de la utilidad del paradigma neoclásico y el productivismo maximizador de los beneficios basado en la clase postulado por el paradigma de Robinson parecen ser en realidad las dos caras de la misma moneda. En mi trabajo he encontrado esta relación esclarecedora más que problemática. Al fin y al cabo, la urbanización tiene mucho que ver con las culturas individuales y colectivas del consumo a las que se vinculan

¹⁰ Joan Robinson «The Production Function and the Theory of Capital», *The Review of Economic Studies*, vol. 21, núm. 2, 1953, p. 81.

¹¹ Ian Steedman, *Marx after Sraffa*, Londres y Nueva York, 1977.

los incentivos productivos. Atribuirlo todo a la evolución de las fuerzas productivas, como hizo por ejemplo G. A. Cohen en *Karl Marx's Theory of History*, es ir demasiado lejos¹².



Sraffa y Robinson fallecieron ambos en 1983. Desde entonces, ha habido un pequeño pero persistente goteo de artículos, que dan testimonio de la importancia de las cuestiones que plantearon, pero no ha habido un debate generalizado sobre sus implicaciones para la teoría neoclásica. Era posible sentir una satisfacción silenciosa, pero autocomplaciente al pensar que los economistas que tan a menudo se consideraban la casta brahmán de las ciencias sociales tenían una estructura de conocimientos fundada en la tautología; pero ahí parecía acabar todo. Sin embargo, en 2003 un útil artículo sobre la polémica del capital de Cambridge, escrito por Avi Cohen y Geoff Harcourt, reavivó mi interés por el tema¹³. La idea esencial que plantean los autores es que Sraffa expuso correctamente un defecto fatal de la economía ricardiana. No puede haber una medida del valor del capital (entendido como factor de producción independiente) que no dependa del valor de lo que produce. Todo razonamiento económico en esta tradición está viciado por el hecho de que es intrínsecamente tautológico. Esto es particularmente cierto con respecto a la circulación del capital fijo, el talón de Aquiles de la economía teórica. El valor de una máquina no puede determinarse independientemente del valor que la máquina ayuda a producir. La cuestión es, si este defecto se traslada a la teoría neoclásica marginalista. Samuelson acabó aceptando a la postre, que Sraffa tenía razón formalmente sobre Ricardo, pero afirmó haber encontrado una forma de eludir las conclusiones de Sraffa. Todo se reducía a cómo interpretar mejor los hallazgos matemáticos de Sraffa y hacer frente a las tautologías.

Cohen y Harcourt lo expresan así: «¿Ha habido continuidad en la evolución de la teoría económica desde Adam Smith hasta la actualidad, o discontinuidad, con la revolución marginalista, que situó a la economía neoclásica en un camino diferente al de la economía política clásica anterior y al trazado por Marx?». Los neoclásicos concebían «las decisiones

¹² G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence*, Princeton (NJ), 1978; ed. cast.: *La teoría de la historia de Karl Marx: Una defensa*, Madrid, 1986.

¹³ A. J. Cohen y G. C. Harcourt, «Whatever Happened to the Cambridge Capital Controversy?», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 17, núm. 1, invierno de 2003.

de los individuos para maximizar la utilidad a largo plazo como la fuerza motriz de la actividad económica, postulando la asignación de recursos escasos y dados como el problema económico fundamental». En contraposición, los cambridgeanos defendían «un retorno a la visión de la economía política clásica» en la que «las decisiones lucrativas de las empresas capitalistas son la fuerza motriz». Las tasas de beneficio dependen de «las diferentes relaciones de poder y sociales existentes en el proceso de producción y la realización de los beneficios se verifica gracias a la demanda efectiva asociada a los comportamientos del ahorro y del gasto de las diferentes clases sociales, así como a los «espíritus animales» de los capitalistas»¹⁴.

Evocando «el espectro de Marx», Robinson había argumentado que «el significado del capital reside en la propiedad que posee la clase capitalista, que confiere a los capitalistas el derecho legal y la autoridad económica para apropiarse de una parte del excedente creado en el proceso de producción». Por supuesto, los economistas convencionales en el mundo capitalista no suscribieron *en masse* la visión de Robinson, basada en la clase, la producción de plusvalor y la maximización de los beneficios. El libro de texto que Robinson escribió con John Eatwell incorporando esta visión alternativa, *Introduction to Modern Economics*, tuvo muy pocos adeptos, dejando como única opción válida los comportamientos individuales a largo plazo de maximización de la utilidad¹⁵. Los índices de confianza de los consumidores se han convertido en el barómetro de la salud presente y futura de la economía y el mercado de valores se cimbraba en consecuencia. Una vez más, la política se impone a las matemáticas.

Sraffa deja la cuestión abierta de forma prometedora. Tras establecer «las proposiciones centrales» en la década de 1920 y desarrollarlas en las décadas de 1930 y 1940, en la década de 1950 solo ofreció un «preludio» a una crítica de la economía política. Según afirma en el prefacio de *Production of Commodities by Means of Commodities*, «una característica peculiar del conjunto de proposiciones ahora publicadas es que, aunque no entran en ninguna discusión sobre la teoría marginal del valor y la distribución, han sido concebidas para servir de zócalo a una crítica de dicha teoría»¹⁶.

¹⁴ *Ibid.*, p. 207-208.

¹⁵ Joan Robinson y John Eatwell, *An Introduction to Modern Economics*, Londres, 1973; ed. cast.: *Introducción a la economía moderna*, Madrid, 1976.

¹⁶ P. Sraffa, «Preface» de *Production of Commodities by Means of Commodities*, cit., p. vii.

Aunque los fundamentos de Sraffa parecen sólidos, la crítica en sí aún no ha aparecido. Tengo mis dudas de que llegue a aparecer. Se necesitaría el genio de alguien como Sraffa, la brillantez matemática de un Ramsey y la dedicación y persistencia de un Newman, reunidos en un entorno institucional como el que ofrecía Cambridge en el periodo de entreguerras. La toma del Departamento de Economía de Cambridge por los neoclásicos en la década de 1970 lo descartaría en la práctica.



En *The Structure of Scientific Revolutions*, Thomas Kuhn argumentó de manera convincente que la ciencia no evoluciona de forma incremental y lineal. La ciencia atraviesa periodos en los que la teoría y la práctica están lo suficientemente alineadas como para plantear y responder a las preguntas clave de la época. Pero, en algún momento, las anomalías que no podían explicarse o predecirse con precisión se hacen más evidentes, lo cual finalmente acababa provocando una revolución en los marcos teóricos, los métodos y los modelos de comprensión conceptual, dando lugar a un nuevo paradigma. La física de Einstein sustituyó a la de Newton, solo para ser sustituida a su vez por la teoría cuántica de Niels Bohr. En cada caso, surgió una nueva ciencia normalizada. Es tentador ver las relaciones existentes entre la economía neoclásica y la economía de Sraffa como la prueba de un cambio congelado e incompleto de paradigma en la teoría económica. Pero, del mismo modo que la mecánica newtoniana es perfectamente adecuada para construir puentes y derribarlos, lo que hace que la relatividad y la teoría cuántica sean irrelevantes para ese fin, el paradigma neoclásico y su vasto tesoro de datos e información empírica pueden ser adecuados para una amplia gama de tareas económicas.

Pero Sraffa no se había propuesto crear una teoría económica alternativa. Simplemente había socavado los fundamentos teóricos de la vieja teoría, tanto ricardiana como neoclásica. ¿Dónde están, entonces, las anomalías, que hacen necesaria una revolución en la teoría económica? A finales de la década de 1960, jalonada por los levantamientos urbanos que corrían de Chicago y París a Bangkok y Ciudad de México, la necesidad de una transformación revolucionaria de la economía urbana me parecía indiscutible. Los economistas urbanos neoclásicos no tenían nada relevante que decir sobre estos acontecimientos en general, ni sobre su dimensión urbana en particular. Me enfrentaba a un mundo

teórico constituido por factores de producción tangibles, como la tierra, el trabajo y el capital, mientras yo quería saber qué estaba pasando con los trabajadores, los capitalistas, los financieros, los comerciantes, los terratenientes, los funcionarios públicos, la clase política y los legisladores y gestores públicos; por no hablar de la necesidad que sentía de explorar las implicaciones de las marcadas diferencias existentes en la población basadas en la raza, la religión, la etnia, la cultura y el género. Este fue el cambio de paradigma –de las cosas objetivadas a las relaciones sociales– que buscaba en un artículo que se convirtió en la pieza de transición de las perspectivas liberales a las revolucionarias contenidas en *Social Justice and the City*¹⁷. No resultó demasiado difícil describir cómo se habían desarrollado los levantamientos de la década de 1960, pero resultó más arduo explicar por qué habían ocurrido. Fue este «por qué» aparentemente intratable el que me llevó a interrogar a Marx en busca de respuestas al constatar que la economía neoclásica claramente no tenía ninguna.

Entonces, ¿qué habría dicho Marx sobre todo esto? Aquí debo plantear dos objeciones. En primer lugar, existe una inmensa bibliografía sobre Marx en relación con Hegel, y con razón, pero muy poca sobre Marx en relación con Ricardo. En los *Grundrisse*, Marx se ocupa exhaustivamente de Ricardo, mientras que Hegel apenas es mencionado. Del mismo modo, el segundo volumen de *Teorías sobre el plusvalor* se centra en Ricardo y la escuela ricardiana de la época, muchos de cuyos miembros expresaban simpatías socialistas por la sencilla razón de que, si el valor viene dado por el trabajo invertido, como afirmaba Ricardo, entonces los trabajadores deberían recibir sin duda la mayor parte del valor que producen. De ahí el socialismo redistributivo de J. S. Mill y su versión contemporánea en la obra de Thomas Piketty. En segundo lugar, como se quejaba Walter Rodney, «hay un hilo conductor en todo el pensamiento burgués: todos sus representantes hacen causa común al cuestionar la relevancia, la lógica, etcétera, del pensamiento marxista». «En la tradición inglesa –continúa Rodney– está de moda negar cualquier conocimiento del marxismo [...]. Uno sabe que es absurdo sin leerlo y no lo lee, porque sabe que es absurdo y, por lo tanto, se refocila en su ignorancia»¹⁸. La prueba palmaria es la afirmación de Keynes de que nunca leyó a Marx. Pero

¹⁷ David Harvey, «Revolutionary and Counter-Revolutionary Theory in Geography and the Problem of Ghetto Formation», *Antipode*, vol. 4, núm. 2, julio de 1972.

¹⁸ Walter Rodney, «Marxism and African Liberation», *Decolonial Marxism: Essays from the Pan-African Revolution*, Londres y Nueva York, 2022, p. 35.

Keynes era burgués hasta la médula y dedicó su vida a salvar el capital de los capitalistas, lo cual no era ni es tarea fácil. Para Keynes, sin embargo, se trataba de un problema técnico.

Sin embargo, Keynes se opuso a la aceptación por parte de los ricardianos de la ley de Say, que postula que la oferta crea su propia demanda, una afirmación tautológica donde las haya. Marx descartó la ley de Say por considerarla un «balbuceo infantil». Keynes sostenía que su amplia aceptación por parte de los ricardianos había lastrado la teoría económica durante más de un siglo. En la década de 1930 Keynes trató de rehabilitar la reputación de Malthus y Sismondi, que hacía tiempo habían rechazado la ley de Say, ya que esta implicaba que no podía haber una acumulación excesiva de capital ni una sobreproducción de mercancías. Tales proposiciones no tenían sentido en los años de la Depresión, cuando Keynes insistía en la importancia de una demanda efectiva gestionada por el Estado. En la década de 1980, tras una generación de hegemonía keynesiana, sus seguidores fueron expulsados de los centros de decisión de la política económica de Londres, Nueva York, Washington y Basilea, así como de los departamentos de economía de las principales universidades dedicadas a la investigación. Fueron sustituidos por los neoclásicos «del lado de la oferta», armados con una nueva versión de la ley de Say y de su contrapartida, la hipótesis del mercado eficiente. A partir de entonces, se hizo difícil pensar seriamente en Keynes y mucho más abordar las implicaciones de los argumentos de Sraffa. Pero aquí debemos lidiar con las consecuencias de «meter las narices de Hegel» entre nosotros y el Ricardo de Sraffa.



Dado que la obra de Sraffa es una crítica a Ricardo, el vínculo con Marx es indirecto. En el capítulo introductorio de los *Grundrisse*, sin embargo, Marx retoma una crítica de las categorías básicas de la economía política clásica: producción, consumo, distribución, realización e intercambio. Todos estos «momentos» de la circulación del capital están vagamente vinculados en la economía burguesa para formar un «silogismo débil» dentro de una «totalidad orgánica»¹⁹. El «capital en general» solo podía surgir, si el trabajo asalariado forzado existía antes del surgimiento del

¹⁹ Karl Marx, *Grundrisse* [1973], Londres, 1993, p. 86; ed. cast.: *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política («Grundrisse»)*, Madrid, 2024.

capital. Presumiblemente, esto ocurrió a través de la compra y venta de servicios laborales prestados por trabajadores asalariados a la iglesia, el Estado, el ejército, los comerciantes ricos, los señores feudales, etcétera. Adam Smith, dice Marx, reduce estas precondiciones necesarias a «unas pocas características muy simples, que se convierten en tautologías planas». ¿Podría ser que Marx estuviera intuyendo aquí las cualidades tautológicas de la teoría neoclásica? En varios puntos de *El capital*, Marx insinúa el peligro de caer en un razonamiento tautológico. Pero el núcleo de su argumento se encuentra en otra parte.

En los *Grundrisse*, sin embargo, Marx definió una tarea:

Es necesario desarrollar con precisión el concepto de capital, ya que es el concepto fundamental de la economía moderna, al igual que el capital mismo [...] es la base de la sociedad burguesa. La formulación nítida de los supuestos de la relación [capital] debe poner de manifiesto todas las contradicciones de la producción burguesa, así como el límite más allá del cual esta se supera a sí misma²⁰.

Obsérvese aquí la importancia de la contradicción. «Somos los últimos en negar—escribe Marx— que el capital contiene contradicciones. Nuestro propósito, en realidad, es desarrollarlas plenamente. Pero Ricardo no las desarrolla, sino que en realidad las elude [...]». Malthus, por su parte, «intuye las contradicciones, pero fracasa cuando intenta desarrollarlas». La contradicción no es un término que se encuentre en el manual neoclásico o ricardiano, pero es fundamental para la concepción de la capital construida por Marx.

Marx define el capital como «valor en movimiento», como un proceso de circulación más que como una cosa. Es, escribe, una «contradicción en movimiento»²¹. Primero adopta la forma del dinero. No todo el dinero es capital, pero el capital adopta la forma de capital monetario cuando el dinero se utiliza para comprar fuerza de trabajo y medios de producción como mercancías con el fin de ponerlos a trabajar en un proceso de trabajo organizado bajo la autoridad (como había señalado Robinson) del capitalista para producir nuevas mercancías, cuyo valor se expresa en forma de dinero después de ser vendidas en el mercado. Esto convierte el valor de nuevo en forma monetaria, desde donde puede volver a circular como capital monetario una vez más. En este proceso de circulación, el

²⁰ *Ibid.*, pp. 331, 351, 353.

²¹ *Ibid.*, pp. 705-706.

capital adopta diferentes formas materiales: fuerza de trabajo y medios de producción, proceso de trabajo, nuevas mercancías para la venta. Las diferentes cualidades materiales de cada momento importan. Una acería que vale diez millones de dólares es muy diferente a tener diez millones en efectivo. La facilidad de movilidad geográfica difiere notablemente de un momento a otro.

El incentivo que impulsa este sistema circulatorio es el beneficio o, como Marx prefiere llamarlo en los *Grundrisse*, «la producción y realización del plusvalor»²². El proceso de circulación del capital no es cíclico. Se halla constituido como una espiral de expansión y acumulación perpetua de capital. Cómo absorber esta acumulación en constante expansión —una «mala infinidad», como diría Hegel— fue el problema con el que lucharon tanto Luxemburg como Robinson. En el caso de Luxemburg, la respuesta fue el imperialismo colonial. Era la mejor explicación que pudo encontrar. El apoyo de Robinson a las políticas keynesianas de intervención pública financiadas mediante el endeudamiento probablemente surgió por las mismas razones. A efectos analíticos, es razonable mantener constantes ciertos aspectos de una contradicción. En el volumen I de *El capital*, por ejemplo, Marx asume en todo momento que todas las mercancías se intercambian por su valor (por lo tanto, no hay sobreproducción ni sobreacumulación). La cuestión de dónde proviene la demanda efectiva adicional para pagar la expansión de la producción de plusvalor se deja para el volumen II de *El capital* y los *Grundrisse*.

Dado el énfasis de Marx en las contradicciones, resulta útil bosquejar cómo funcionan. En el esquema de Marx, las contradicciones internas (en contraposición a las contradicciones externas, como una epidemia vírica) adoptan invariablemente la misma forma. Los capitalistas individuales, impulsados por las leyes coercitivas de la competencia, se comportan empresarialmente de tal modo que su tasa de rentabilidad individual sea máxima, al tiempo que producen resultados agregados que amenazan colectivamente la reproducción de la clase capitalista y de su poder. Entonces surge la pregunta de quién rescatará al capital de los capitalistas. En nuestros tiempos, la respuesta es el Estado. De ahí los debates sobre el papel del Estado y sobre qué tipo de teoría económica será más eficaz. En el sistema interestatal, la individualización de los Estados capitalistas depende de las contradicciones primarias a las que se enfrenta cada uno de ellos, por ejemplo, el extractivismo petrolero

²² *Ibid.*, pp. 348-458.

frente al turismo, y de las estrategias particulares que desarrollan para gestionar estas opciones excluyentes. Esta formulación se aplica tanto a los gobiernos locales como a los Estados nacionales, lo que hace que el espíritu emprendedor urbano y la competencia interurbana sean características destacadas de la economía política actual.

Pero las contradicciones deben situarse sistémicamente para poder comprenderlas adecuadamente. El concepto clave aquí es el de capital como modo de producción en el que los salarios, los beneficios, el intercambio, el consumo, la realización, las rentas, las finanzas, los beneficios comerciales, los intereses y las funciones del Estado, incluidas las relaciones interestatales, se entrecruzan dinámicamente entre sí para constituir la totalidad del capital contemporáneo en un lugar y momento determinados. Marx habla de los diferentes elementos –producción, distribución y consumo– como «momentos» para captar la transitoriedad y la contingencia de todo lo que forma parte de la totalidad del modo de producción del capital. Así, el momento de la «producción» se refiere al conjunto de los procesos de producción de mercancías bajo la dirección y el poder de clase del capital, mientras que el momento del «consumo» se refiere a cómo todo lo que se produce en forma de mercancías para su venta en el mercado se consume de diferentes maneras en todo tipo de lugares y momentos.

La totalidad del capital se conceptualiza de modo holístico como un sistema orgánico en perpetua evolución. Este sistema, dice Marx, «tiene sus presupuestos y su desarrollo hasta su totalidad consiste precisamente en subordinar todos los elementos de la sociedad a sí mismo o bien en crear a partir de él los órganos que aún le faltan. Así es como históricamente se convierte en una totalidad. El proceso de su conversión en esta totalidad constituye un momento de su proceso, de su desarrollo»²³. Si bien la idea de totalidad deriva indudablemente de Hegel, Marx la reelabora y la revoluciona. Para él, la totalidad del capital es una red en constante cambio de prácticas y relaciones sociales históricamente específicas que se construyen, evolucionan y, en última instancia, se disuelven, para volver a reconstruirse a través de la acción humana. Esta red está en constante crecimiento y transformación –en perpetuo «devenir», como dice Marx–, incluso cuando muestra ciertas tendencias hacia la solidez y la permanencia. El concepto de Marx de la totalidad del capital es, por lo tanto, abierto, evolutivo y autorreplicante, pero en ningún sentido

²³ *Ibid.*, p. 278.

autosuficiente, dadas sus contradicciones internas y su propensión a la desarmonía y la ruptura. El capital existe como un complejo ecosistema de flujos de valor en continua tensión interna, lo cual obliga a transformaciones revolucionarias permanentes, como la IA, y a una evolución histórica continua.

El funcionamiento de las leyes coercitivas de la competencia se resume en el capítulo dedicado por Marx a la jornada laboral. El incentivo de los productores capitalistas para alargar la jornada laboral y aumentar su intensidad tiende a agotar la cantidad y la calidad de la fuerza de trabajo, lo cual culmina en la «muerte por exceso de trabajo», una categoría muy presente en Asia oriental en la actualidad. El remedio es la intervención del Estado, aparentemente en nombre de los trabajadores, pero también en beneficio del capital gracias a la mejora de la salud de la fuerza de trabajo y la calidad de la prestación laboral. La competencia intercapitalista produce igualmente aumentos continuos de la productividad del trabajo mediante innovaciones tecnológicas y organizativas, que reducen el uso de mano de obra y, por lo tanto, reducen el plusvalor, lo que da lugar a una caída agregada de la tasa de beneficio. La represión salarial también reduce la capacidad de consumo, lo que convierte en una cuestión vital la pregunta planteada por Luxemburg y Robinson sobre de dónde podría provenir la demanda efectiva compensatoria. En todos estos casos, el Estado capitalista se vuelve fundamental para regular las contradicciones cada vez más profundas del capital. Las contradicciones no pueden erradicarse, solo pueden gestionarse. Pero las leyes coercitivas de la competencia se aplican con la misma intensidad a las dinámicas interestatales, por ejemplo, cuando se trata de adquirir material militar, tecnologías espaciales y nuevas tecnologías en general. La competencia interestatal configura las trayectorias agregadas del cambio tecnológico y organizativo en las formaciones sociales capitalistas.

También debemos abordar, por supuesto, las contradicciones que rodean la formación de capital fijo y el fondo de consumo (el fondo de consumo son todos aquellos bienes duraderos utilizados para sostener el consumo final, como sucede con automóviles, viviendas y equipamiento de cocina), esenciales para entender el entorno construido. En su obra *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Walt Rostow identificó un determinado periodo crítico de inversión en infraestructuras de capital fijo como un factor vital para crear las condiciones previas necesarias para el

«despegue» hacia el crecimiento económico sostenido²⁴. Marx había reconocido tiempo atrás que esas inversiones eran esenciales, pero señaló que para financiarlas era necesario movilizar los excedentes de capital y mano de obra a expensas del consumo presente. Pero cuando el capital madura, esas inversiones en el aumento de la productividad del trabajo producen aún más excedentes de capital y de mano de obra para financiar aún más inversiones de ese tipo. Este ciclo expansivo es potencialmente propenso a las crisis. Marx señala:

Hay momentos en el movimiento desarrollado del capital, que retrasan este movimiento, aparte de las crisis; como, por ejemplo, la devaluación constante de parte del capital existente; la transformación de una gran parte del capital en capital fijo, que no sirve como agente de producción directa; el despilfarro improductivo de una gran parte del capital²⁵.

A medida que madura, el capital tiene dos opciones: la sobreacumulación en el sector inmobiliario, como ha sucedido en China después de 2020, o la utilización de la urbanización como vertedero del exceso de capital y de mano de obra, como ha ocurrido en Estados Unidos, construyendo puentes que no llevan a ninguna parte. La otra forma de flujo de capital deliberadamente despilfarrador es el gasto militar, que, en opinión de Marx, equivale a tirar el valor al mar. Resulta aleccionador intentar imaginar la dinámica del capital en Estados Unidos desde 1945 sin el gasto militar en constante expansión y el proceso de suburbanización crónicamente despilfarrador. Si el capital es valor en movimiento, entonces el capital fijo ralentiza ese movimiento, mientras que las mismas fuerzas competitivas que producen una caída de la tasa de beneficio producen una aceleración en el movimiento del capital circulante. Una parte del capital se acelera mientras que la otra se ralentiza.



A mediados de la década de 1990 se produjo un importante epílogo a mi concepción, impulsada por Sraffa, de todo esto. Mis alumnos de la Johns Hopkins University me hablaron de un nuevo profesor de ciencias políticas que les parecía interesante y me sugirieron que impartiera un curso con él. Acepté de buen grado y así conocí a Mark Blyth. Mi

²⁴ W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, 1960; ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico: Un manifiesto no comunista*, Madrid, 1993.

²⁵ K. Marx, *Grundrisse* [1973], cit., p. 750.

única condición era que no siguiéramos la práctica habitual en los seminarios de posgrado de fingir que leíamos cincuenta autores importantes en un semestre. Cada uno de nosotros debía seleccionar un libro y construir el curso en torno a su lectura detenida conjuntamente. Ya lo había hecho anteriormente con Giovanni Arrighi. Leer mi libro *The Limits of Capital* junto con su libro *The Long Twentieth Century* resultó realmente esclarecedor. Yo elegí los *Quaderni del carcere*, de Gramsci. Me quedé boquiabierto cuando Mark eligió la *General Theory of Employment, Interest and Money* de Keynes. Se apresuró a asegurarme que trataría rápidamente los aspectos técnicos y se concentraría en la psicología y las expectativas abordadas en la última parte del libro. Yo seguía sin estar muy entusiasmado, pero acepté a regañadientes. El curso se fue volviendo cada vez más interesante y acabó siendo, al menos para mí, una experiencia espléndida. Recuerdo claramente que una mañana me desperté y caí en la cuenta de que estaba dando una clase sobre Keynes, quien agradeció a su buen amigo Sraffa la ayuda prestada para escribir la *General Theory of Employment, Interest and Money*, y sobre Gramsci, cuyos *Quaderni del carcere* quizá no podrían haber sido escritos y mucho menos conservados, si no hubiera sido por el apoyo y la ayuda de Sraffa.

Esto me lleva al *coup de grâce*, por así decirlo, en la historia de mis encuentros con Sraffa, que habían sido irregulares espacial y temporalmente. Hacía tiempo que sabía que Sraffa había ayudado a Gramsci durante sus años de prisión de diversas maneras, como abrir una cuenta a su nombre en una librería de Milán, pero nunca había profundizado en el significado de este apoyo. En 1991 se tradujo del francés al inglés una biografía de Sraffa, breve pero muy informativa, escrita por Jean-Pierre Potier²⁶. El libro abarca las fases más destacadas de la carrera intelectual y política de Sraffa, documentando sus relaciones con Keynes y los economistas de Cambridge de las décadas de 1930 y 1940 y, lo que es aún más importante, su trabajo con Gramsci, que era uno de sus amigos íntimos desde sus días de estudiante. Aunque nunca fue miembro del Partido Comunista Italiano, Sraffa fue una figura clave entre los intelectuales de izquierda en Italia, que lucharon contra el fascismo. En 1924, por ejemplo, se produjo un debate abierto entre Gramsci y Sraffa en el que este último sostenía que el camino revolucionario hacia el comunismo estaba

²⁶ Jean-Pierre Potier, *Piero Sraffa, Unorthodox Economist (1898-1983): A Biographical Essay*, Londres, 1991; ed. orig.: *Un économiste non conformiste, Piero Sraffa (1898-1983)*, *Essai biographique*, Lyon, 1987; ed. cast.: *Piero Sraffa: Un economista heterodoxo*, Valencia, 1994.

efectivamente bloqueado por el fascismo y que había que dar prioridad al apoyo al movimiento antifascista burgués a fin de despejar el terreno para que un movimiento obrero mejor organizado pudiera perseguir sus objetivos. Gramsci no estaba de acuerdo, aunque reconocía que Sraffa mantenía perspectivas revolucionarias a largo plazo.

Este debate es abordado en *Roses for Gramsci*, de Andy Merrifield²⁷. Aquí hay otra extraña conexión nacida de un accidente histórico. Andy fue alumno mío y hemos sido amigos íntimos durante décadas. Tras trasladarse a Roma, decidió escribir un texto en el que pretendía reflexionar sobre el legado de Gramsci en la coyuntura actual. Andy ya había escrito varios estudios sobre pensadores de izquierda –Guy Debord, Henri Lefebvre, John Berger– centrándose en sus vidas y en las preocupaciones que les animaban. Su método consiste en sumergirse en las circunstancias materiales de la vida y los escritos de sus protagonistas. Su investigación le permitió descubrir muchos más detalles sobre el papel de Sraffa durante el encarcelamiento de Gramsci, cuando le ofreció todo el apoyo que pudo, corriendo con todos los gastos. Sin embargo, el contacto principal con Gramsci era su cuñada Tatiana Schucht. Ella copiaba minuciosamente las cartas de Gramsci para enviárselas a Sraffa. Fue ella fundamentalmente quien rescató los cuadernos de Gramsci tras su muerte y, posiblemente con la ayuda de Sraffa, consiguió que fueran trasladados a Moscú. Probablemente nunca sabremos de qué modo influyó Sraffa en el pensamiento de Gramsci, ni siquiera tras estudiar las numerosas cartas y documentos citados en el libro de Potier y otros textos que todavía están pendientes de publicación. Pero si Sraffa pudo influir de manera tan fundamental en Wittgenstein, Keynes y Robinson, es seguro que Gramsci no fue indiferente a su influjo. Gramsci, con su interés por la cuestión meridional, el americanismo y el fordismo, los intelectuales orgánicos y otros muchos temas, es uno de mis pensadores marxistas favoritos y sospecho que, en parte, se lo debo a Sraffa.

¿Qué futuro podemos predecir para «ese libro trascendental», como solía llamarlo Maurice Dobb, *Production of Commodities by Means of Commodities*? Esa es una pregunta que sigue sin respuesta. Creo, sin embargo, que podemos afirmar con seguridad, que es más significativo trabajar con las contradicciones de Marx que regodearse en las «tautologías planas» de Smith. Así que aquí estoy, a mis 90 años, rememorando mi carrera como geógrafo interesado en explicar, con un poco de ayuda

²⁷ Andy Merrifield, *Roses for Gramsci*, Nueva York, 2025.

de Marx, cómo funcionan la urbanización y el desarrollo desigual, sintiéndome en deuda con algunos estudiosos extraordinarios, como Sraffa y Robinson, y con personas, acontecimientos y corrientes políticas, que abren las puertas a nuevas formas de pensar, esperemos que más adecuadas para afrontar las contradicciones centrales de nuestro tiempo. Sin embargo, una cosa es abrir puertas y otra muy distinta es atravesarlas *en masse* para explorar lo que puede haber al otro lado. El imperio estadounidense, que ha protegido al capital durante tanto tiempo, está empezando a resquebrajarse. Este es un momento de oportunidades, pero también de peligros. Se necesita un poco de optimismo intelectual, aunque solo sea para reactivar el optimismo de la voluntad.